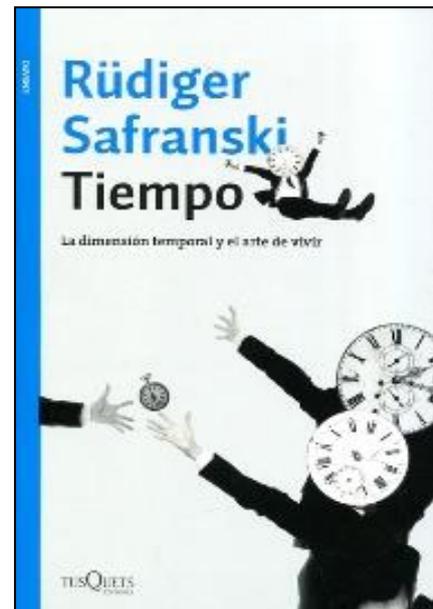


Barbeira, Candelaria. "Reseña bibliográfica: Rüdiger Safranski, *Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2018, vol. 7, n° 13, pp. 157-161.

Rüdiger Safranski
*Tiempo. La dimensión temporal y
el arte de vivir*
Buenos Aires
Tusquets
2017
272 pp.



Candelaria Barbeira¹

Recibido: 01/02/2018

Aceptado: 08/02/2018

Publicado: 12/03/2018

Rüdiger Safranski (Rottweil, 1945) aún en su labor intelectual temas de complejidad con un registro que elude lo crítico para alcanzar un público de mayor amplitud. Es miembro de la Academia Alemana de la Lengua y la Poesía y fue copresentador junto con Peter Sloterdijk del programa televisivo *Cuarteto filosófico* durante más de diez años. De formación germanista, su nombre se asocia a la biografía intelectual (sus trabajos sobre Heidegger, Nietzsche, Schopenhauer, Schiller y especialmente Goethe fueron éxito de ventas en su país) y al ensayo de corte filosófico, género en el

que ha abordado tópicos como el mal, la libertad o la globalización. "Últimamente estoy escribiendo más bien sobre temas, ya no sobre personas" responde cuando, entrevistado por Pablo Gianera para *La Nación*, se le pregunta por un posible desgaste en la relación con la escritura biográfica.

Su libro más reciente se publicó en 2015 (la edición en español, por Tusquets, en 2017) y aborda un tema universal, vigente y urgente: el tiempo. El prólogo advierte que la definición de tiempo como "la duración medible de los sucesos" resulta limitada (16), por lo tanto la propuesta consiste en un acercamiento a partir de la huella de sus efectos: lo que el tiempo hace con nosotros y lo que nosotros hacemos con él. El primer capítulo presenta el tiem-

¹ Profesora y Licenciada en Letras (CELEHIS.-UNMDP). Becaria Doctoral de CONICET. Contacto: candelariabarbeira@hotmail.com

po detenido del aburrimiento, uno de los puntos fuertes del tomo. “¿Qué sucede en verdad cuando no sucede nada?” se pregunta Safranski, para sugerir que es el transcurrir del tiempo mismo lo que atrae hacia sí una angustiada atención (38). La ausencia de sucesos sería, no obstante, un engaño, puesto que el tiempo no se halla vacío; lo que ocurre, entonces, sería una falta de interés vivo entre éstos situada en el sujeto, en el objeto o en ambos. De los pensadores del Romanticismo –momento predilecto del filósofo– destaca la atención a las ocasiones en que emerge “el acúfeno metafísico” (35) del paso del tiempo, inherente a la condición humana; aunque Montesquieu, menos abstracto que sus sucesores, planteaba que “Sólo los grandes y ricos sufren el azote del aburrimiento” (37).

Rescatando fragmentos de las conferencias publicadas en 2006 bajo el título *Heidegger y el comenzar*, el autor dedica el siguiente apartado a la enorme seducción del tiempo del comienzo, pensado desde las actividades cotidianas hasta el instante radiante de las revoluciones, en que el tiempo pareciera romperse para que todo empiece de nuevo. El comienzo aparece entonces ligado a la posibilidad prometedora de una transformación: “Yo no soy solamente yo, soy también otro, dice el que comienza de nuevo” (17). La literatura es entendida aquí como la imaginación y representación de diferentes transcursores vitales por parte del escritor; por ende, cualquiera sea su tema, “es casi siempre la expresión de un nuevo comienzo, en todo caso convierte con frecuencia en tema suyo el afán de un nuevo comienzo” (46). Del cambio de identidad nos vemos remitidos a Arthur Rimbaud y el lema “Yo es otro” que se halla potencialmente en la fantasía de un inicio. El otrora biógrafo de filósofos

argumenta asimismo en favor del olvido como modo de crear comienzos, criticando de manera tangencial el psicoanálisis y su concepción del olvido como represión. A su vez, acción, comienzo y libertad componen una tríada cuyo tercer elemento entraría en crisis bajo la idea de un designio divino, puesto que “El tiempo determinado por completo ya no es ningún tiempo” (57), deviene pesadilla, prisión. Surge en el ensayo el nombre de Immanuel Kant en virtud de su planteo del acto de despertar o estimular la razón como segundo nacimiento. Safranski, quien disemina aforismos a lo largo de su prosa, remata su reflexión afirmando que “El hecho de que yo haya sido comenzado por otro sólo es soportable si aprendo a comenzar yo mismo” (62). Las últimas dos páginas del capítulo están dedicadas a Hannah Arendt y se incorpora el pensamiento político para pensar una democracia que vuelve a comenzar con la incorporación de cada individuo.

Por momentos irrumpe en la propuesta escrituraria de Safranski un tono propositivo o de amonestación vinculado al “arte de vivir” del subtítulo, patente en reflexiones del tipo “No sabemos hacer algo con nosotros mismos, y como consecuencia es la nada la que inicia algo con uno” (41). Esta línea se deja entrever también en la explicación de la relación entre la propia mismidad y el mundo, planteada por Martin Heidegger, al expresar que “Cuando nada más se mueve, tiene que ponerse en camino uno mismo” (43). El autor hace esporádicas alusiones a la actualidad que se distancian del tono general del libro, tales como la reflexión sobre la potencial programación genética y la imposibilidad de “eludir la decisión de lo que queremos iniciar con lo que podemos hacer” (58).

Acerca del llamado “tiempo del cuidado”, se enfatiza su condición de cavilación anticipatoria ligada siempre a la incertidumbre. En este apartado el pensamiento de Heidegger es retomado a partir de la identificación del cuidado como órgano que hace de vigía en la experiencia imprevisible del tiempo. Esta inquietud por el futuro lleva a la pregunta por la mismidad, para reflexionar sobre cómo “la mismidad inmersa en el cuidado puede conservarse sin perderse en el mundo donde se despliega” (73), también en el vínculo con el sí mismo pasado y futuro, experiencia en la que se funda la relación temporalizada consigo. Un segundo aspecto del tiempo del cuidado abarca la época moderna, caracterizada por Ulrich Beck como “sociedad del riesgo”, donde éste ya no proviene de la maldad humana o las catástrofes naturales, sino de “la compleja y regular conjugación de actividades fortalecidas técnicamente” (79) que lleva a una cultura de la preocupación. Evidenciando sus propios desvelos, el autor carga las tintas sobre las posibilidades de la eugenesia y sus reminiscencias nacionalsocialistas.

El tiempo también es concebido como convención social homogeneizada en una hora unitaria, cuyos intervalos son medidos por instrumentos que le han servido a la humanidad para tal fin desde un pasado remoto. Sin embargo, no sólo los relojes y calendarios sirven para socializar el tiempo: otra institución social que participa en su regulación es la del dinero como medio para el aplazamiento temporal del consumo inmediato. Finalmente, se hace hincapié en que la comunicación en tiempo real produce una simultaneidad ampliada donde el presente toma el poder tendido sobre una densa malla de estímulos temporales. A partir de la deliberación sobre el

mundo contemporáneo se conecta lo anterior con la cuestión de la gestión del tiempo, cuya escasez resulta “una consecuencia de cómo el tiempo se introduce en la conciencia social y es allí elaborado” (110). El tiempo resulta gestionado, explotado, comercializado, politizado, pero ya sea bajo el régimen económico de la era industrial o en la preexistente economía de la salvación, el imperativo es no dilapidar el tiempo, acción (o inacción) considerada un pecado grave. Aquí el escritor evoca a Karl Marx en su idea de que “toda economía es en definitiva economía del tiempo” (117), para subrayar que en el sistema capitalista, además de transformarse en un valor, el tiempo es mercancía. El resultado es una economía de la aceleración que deviene economía del despilfarro, donde se consume más futuro y el pasado se devalúa vertiginosamente.

En el sexto apartado Safranski se detiene en la idea de que, en nuestra cualidad de “animales inteligentes”, hemos inventado el tiempo: el de la vida, que es limitado, y el del mundo, cuyos límites la humanidad se ha replanteado a lo largo de la historia. En primer lugar da cuenta del tiempo ilimitado de los antiguos griegos, articulado de forma cíclica y organizado por las sociedades agrarias en virtud de los procesos naturales. Luego se trata del tiempo cristiano, dotado de un principio y orientado hacia un final establecido por la salvación. Sobre el tiempo de la evolución se plantean dos modalidades: el desarrollo progresivo fundado en la razón, reconocible en la ideología de la Ilustración, y el del evolucionismo darwiniano, que sienta sus bases ya no en la teleología sino en los procesos de mutación y selección. En el marco de estas diversas concepciones, aparece destacado San Agustín con el interro-

gante “¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta lo sé; pero, si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé” (137), para luego hacer hincapié en tal carácter enigmático y la capacidad del alma de retener un lapso determinado, en el que el tiempo interno se sincroniza con el externo. En este sentido, el presente se sitúa en la articulación entre retención y protensión (Husserl), como coordinada desde la cual el ser humano “emite, temporaliza, el tiempo” (Heidegger) (140). Sobre el final del segmento el ensayista vuelve a reflexionar acerca de las técnicas evolutivas, para destacar una evolución dirigida por el propio ser humano.

El siguiente capítulo desarrolla la perspectiva de la astrofísica actual y el supuesto de un absoluto punto cero del tiempo, una singularidad inicial que no puede entenderse como suceso, porque no es productor y producido, sino más bien se aproximaría a la *creatio ex nihilo*. El estudio pasa a ocuparse de la teoría de la relatividad general y especial de Albert Einstein y la relación recíproca entre las magnitudes de espacio y tiempo, recuperando en su camino a Newton, Pascal, Leibniz, Bertrand Russell y Kant. El próximo aspecto sobre el que recalca el libro es el cuerpo. Éste es un organismo también estructurado temporalmente, sometido al transcurso que va del nacimiento a la muerte y marcado por controles biológicos internos que tienden a sincronizarse con el día exterior. En ambos, en el ritmo del cuerpo y el del mundo, se apoya la conciencia que experimenta el tiempo. Si bien en otros apartados el autor deja ver su posicionamiento y creencias sobre el asunto que aborda, en este en particular desliza una propuesta asertiva para destacar que la atención al tiempo ha de convertirse en materia de la

política: “se necesita nada menos que una nueva política del tiempo, una revolución del régimen social del tiempo, que incluya la protección y las posibilidades de desarrollo de los respectivos tiempos propios en el plano psicológico, cultural y económico” (181).

El dominio lúdico de la dimensión temporal en la literatura, la música y el mundo de las imágenes será el siguiente asunto a tratar. Dentro de los aspectos literarios del tiempo, se hace referencia a la narración como postergación de la muerte (de la que Scherezade surge como ejemplo paradigmático); luego el texto abreva en el concepto bajtiniano de cronotopo para pensar un tiempo lineal, uno reticular y uno cíclico. De la correspondencia entre Schiller y Goethe se recupera la distinción entre la literatura narrativa y la dramática, donde ambos convienen que “El autor épico expone los hechos como ya pasados por completo, y el dramático los representa como enteramente presentes” (214). En el primer género el lector se mueve a sí mismo mientras que en el segundo el espectador sería “arrastrado”. Con respecto al tiempo de las imágenes, se hace una breve alusión a la fotografía para finalizar comentando la conjunción de sincronía (en la simultaneidad de tonos) y diacronía (en la sucesión temporal) en la música.

Por último, se trata la cuestión de la eternidad entendida como algo distinto del tiempo, sin ninguna sucesión sino como un tiempo pleno, de presente permanente, pensado desde lo amoroso pero incluso también desde la “dicha de la teoría” (229) o la inspiración. La eternidad es plausible de ser pensada entonces no como tiempo sin fin sino como una imagen de la añoranza de la humanidad, sea inmortalidad o resurrección.

El libro de Safranski y su pregunta por el tiempo remiten a la inquietud del ser

humano por dotar al mundo de sentido; por ello resulta central que esa búsqueda de respuestas se lleve a cabo desde la fe, las ciencias exactas y, especialmente, la filosofía.

Obras citadas

Gianera, Pablo. “El «espíritu alemán» es bastante complicado de comprender.” Entrevista a Rüdiger Safranski *La Nación*, 1° de noviembre 2015, <http://www.lanacion.com.ar/1840953-rudiger-safranski-el-espíritu-aleman-es-bastante-complicado-de-entender>